NOTAS PARA UNA FENOMENOLOGIA DE LAS IMPRESIONES DE VIAJE

POR

A. SANCHEZ BARBUDO

El contenido de las impresiones que experimenta un viajero depende, ciertamente, del viajero mismo, de lo que éste ve y de las circunstancias del viaje. Pero no pocas de esas impresiones, y entre ellas algunas de las más hondas y peculiares, son en esencia análogas para muchos viajeros, o mejor, quizá diríamos para muchos turistas. Ello es natural, ya que diferentes turistas, por muy distintos que sean entre sí, adoptan en el viaje, como contempladores, una actitud en cierto modo análoga, y viven en parecido estado de disponibilidad y expectación. Y además —en oposición a aquellos a quienes, por una causa u otra, no interesan los viajes— pertenecen a un mismo grupo de individuos: los que ansían salir de sí, escapar del mundo que les rodea; los soñadores insatisfechos y curiosos. Claro es que así como muchos que desean viajar no pueden hacerlo, a veces viajan quienes en verdad no lo desean, y a éstos, desde luego, no se aplica cuanto vamos a decir de los turistas. Lo que importa, para nuestro objeto, es la ilusión del viajero. Sin ilusión no hay misterio.

Considerando al que viaja por gusto más que por necesidad y con ilusión y no por aburrimiento, nos hallamos, pues, cualquiera que sea el viajero y el lugar del viaje, ante un especial estado de alma —alma a la expectativa— y ante una específica situación —las sorpresas que el cambio de panorama produce— y sería posible, por tanto, tratar de precisar el carácter básico de esas impresiones comunes que decimos y las condiciones en que éstas se producen.

Ciertas sensaciones que puede experimentar un viajero sensitivo y culto no las conoce, evidentemente, el viajero ordinario. Mas hay otras que, en mayor o menor grado, son vividas por todos, cultos e incultos, sensitivos o no, así como también por los muchos que entre zafios y refinados ocupan una posición intermedia.

En realidad, ningún verdadero turista —nadie a quien el viaje ilusione— es totalmente zafio. En cambio, a menudo el turista es vulgar, es decir, persona no excepcional.

A este turista vulgar, así como al espiritualmente distinguido —ambos con ilusión en el viaje— nos vamos a referir.

Extrañeza ante lo nuevo.

Muchos viajeros conocen la emoción que a veces produce encontrarse uno de pronto *allí,* en un determinado y extraño lugar. Puede ser un lugar inesperado o precisamente el sitio en que uno había pensado hallarse; mas para que la emoción a que nos referimos se produzca ha de ser un lugar remoto, relativamente remoto al menos, distinto en todo caso de nuestro medio habitual. Súbitamente lo que se ve aparece como una gran sorpresa. Mira uno alrededor y se llena de entusiasmo. Olvidado al parecer de sí, es uno todo ojos, todo asombro. El alma se vuelca hacia afuera; pero dentro queda mientras, callada, la consciencia firme de ser uno el que era. De otro modo no habría extrañeza y no parecería nuevo lo nuevo. La extrañeza consiste justamente en descubrir que el panorama ha cambiado aunque uno sigue siendo el mismo: extrañeza de lo que se ve y extrañeza de ser uno el que está viéndolo. Dicha emoción no depende, pues, tanto de lo que se vea al viajar como de algo a que da siempre lugar el viaje mismo: un cambio del escenario conocido, por el cual resbalan indiferentes las miradas, por otro nuevo y lleno de frescor.

No se trata de una emoción estética, aunque a menudo ésta se mezcle a ella o se confunda con ella. Puede ocurrir a veces que la emoción estética al contemplar la esbelta torre del palacio de Siena, por ejemplo, domine sobre el asombro de estar en la plaza viéndola; pero más frecuentemente ocurre lo contrario: la extrañeza ante lo que se ve, y de estar allí, es más fuerte que el goce de lo bello. Más fuerte y mucho más común. Un esclarecimiento del sentido de esa extrañeza, de la que no se suele tratar casi nunca directamente en las "impresiones de viaje", explicaría tal vez lo que muchos viajeros no pueden explicar ni explicarse: el encanto indecible, en ciertos momentos, de un viaje en el que, por otro lado, recordándolo bien, tanto se aburrieron, pasadas las primeras sorpresas.

Esa emoción es alegría producida al encontrarse uno por fin *allí,* en el lugar donde tanto se deseaba estar: es el goce que produce la realización de un deseo. Mas cabe preguntarse: ¿Por qué el deseo de estar *allí?* Ese deseo es para los más, casi siempre, el de hallarse en otro lado, de asombrarse lejos, en otro medio, más que el de contemplar esto o aquello en un lugar específico. Si uno sueña viéndose en tal o cual lugar determinado, es porque imagina que allí, más que en otra parte, ha de encontrar la extrañeza que busca. Si luego al llegar no hay extrañeza, no habrá alegría, pues no se realiza nuestro íntimo deseo. Y en cambio, al sentir extrañeza no sólo sentimos alegría porque el deseo se cumple, sino que por encima de ella, más

grande que ella, está la extrañeza misma: ese mágico momento en que el mundo en que nos hallamos resulta un prodigio, y un prodigio mayor el de hallarnos nosotros en él, contemplándolo.

El turista lo que quiere, es bien sabido, es verse *allí*. Una vez allí, pasada la emoción del primer momento, el turista vulgar ve lo que hay que ver (pues "para eso ha venido", y ya que necesita encontrar una justificación para el viaje), pero lo ve casi siempre aburrido y con desgana. Y luego buscará lo *típico* y *curioso*, ya que en ello, más que en el arte, cree encontrar satisfacción para su deseado asombro. La persona culta, en cambio, de gusto refinado, sentirá como el turista vulgar, y aún más que él, la extrañeza que decimos, y, *además*, gozará en verdad con lo que encuentre bello o de interés histórico; y la expectación de ese goce será en su caso, claro es, un incentivo grande para el viaje. Pero la ilusión que en tantos, refinados o vulgares, amantes del arte o no, despierta la idea de un traslado, y las hondas emociones no estéticas que a menudo produce el viaje mismo, son algo que no puede explicarse simplemente, ni mucho menos, por la atracción de lo bello.

Viaja uno, en suma, para asombrarse. Para asombrarse, se suele creer, de cosas curiosas. Pero nadie se asombra luego tanto de que las cosas sean como son, como se asombra en verdad, aun sin saberlo, de que *sean*, y de ser uno mismo, de ser. Y es que el viaje, al cambiar el panorama y apartarnos de nuestra rutina, al situarnos en soledad en medio del mundo, despierta hasta en el más pedestre de los viajeros una cierta extrañeza ante lo que se ve; extrañeza que pasa pronto, con mayor o menor limpidez, a ser asombro metafísico, asombro ante el ser y de ser. De ello hemos de tratar aún más adelante.

Soledad y mundo incitante.

Al acercarnos a una ciudad que ansiábamos conocer, lo primero que vemos no nos parece, generalmente, extraordinario. La expectación, sin embargo, aumenta con la cercanía. Como a ciegas nos orientamos, llegamos al corazón y entonces suele brotar el asombro que mencionábamos. Luego tratamos de recorrer diferentes secciones de ese lugar, calles y callejas, y de obtener una visión de conjunto. Y al fin, horas o días después, nos hacemos la ilusión de que todo es familiar, de que ya no hay sorpresa alguna para nosotros. Ya sabemos cómo es. Ya podemos decir que conocemos esa ciudad. La visita —lo mismo que cualquier otro conocer— ha sido, a fin de cuentas, como un proceso mental de apropiación. Gracias a ella hemos sustituído la bo-

rrosa imagen que antes el nombre despertaba en nuestra fantasía por una serie de imágenes concretas correspondientes a la realidad. Imágenes a las que queda como adherido el eco de ciertas sensaciones, de ciertas emociones experimentadas. Claro es que, según la persona y el lugar, unos habrán obtenido imágenes más vivas y delicadas que otros y tenido sensaciones más intensas y de otra calidad; y algún esteta, conmovido en cierta plazuela o rincón, habrá quizá querido dar nombre a algo impalpable que no es ya la cosa misma, sino como el espíritu de ella, algo que flota en el aire: un cierto aroma, silencio o luz.

En todo caso, para unos y otros, hay un momento en que la ciudad, ya a medias desvelada, empieza a opacarse, a perder interés. Es éste precisamente el momento en que se suele producir un curioso estado de alma conocido por muchos viajeros. La ciudad, ya adormecida, de pronto aparece de nuevo como algo prometedor, como mundo incitante en torno. Esto ocurre tras caer uno a sí, tras haberse uno encontrado de nuevo con su propia soledad. No es la emoción a que ya antes nos referimos, sino más bien una de signo contrario. Estábamos antes, al llegar, como fuera de nosotros, todo ojos, contemplando; ahora estamos en nosotros, como siempre, sintiendo el alma encerrada, los ojos hacia adentro. Antes nos sorprendía estar *allí* —esto era lo primero y principal— y ser, sin embargo, la misma persona; ahora partimos de esta evidencia de ser el mismo, y ello es lo básico. Sentimos de nuevo en el centro y lo primero nuestro yo —la misma cara, las mismas manos, las preocupaciones de siempre—, y nos sorprende luego, y nos alegra, encontrarnos allí, en esa lejana ciudad, ante un mundo abierto lleno de posibilidades.

El recuerdo de lo que en la ciudad hemos visto, la curiosidad por lo que queda aún por ver, pudiera ser un factor en esa súbita transformación del horizonte. Pero no es sólo eso. Se trata de una como esperanza que surge; es la posibilidad, entrevista, de que se realice un sueño. ¿Qué sueño? ¿Esperanza de qué? Y la respuesta es, sin duda: de plenitud, de comunicación, de amor, de más vida. Es el viejo deseo, convertido de pronto en urgente, de salir de nosotros mismos, de trascender. Algo que tiene que ver con lo que fue motivo original del viaje, con la extrañeza que esperábamos, con el ansia aquella de estar en otra parte. Sentimos que algo nos falta, algo que —quizá sin saberlo— buscábamos, que esperábamos hallar en otro lado. Y eso mismo es lo que esperamos aún, aumentando ahora el deseo al hallarnos solos, más solos que nunca, perdidos en una ciudad casi desconocida. Ciudad como río circundante, llena de luces y sorpresas. Mas no tardamos en sentir que eso que buscamos, aunque de pronto pareciese

cerca, no lo encontraremos nunca. Y así la alegría se convierte en decepción, y la melancolía se mezcla a la esperanza, una esperanza que no llega nunca a desaparecer del todo.

Estamos en el hotel. Sentimos ya fatiga y un cierto hastío. Todo es paz, espera. Unos entran y otros salen, y luego vuelve la calma. Ha vuelto la rutina. Nos miramos en el espejo: la misma persona. Es la misma esa consciencia nuestra que vigila, ese ver y vernos en silencio. Estamos esperando otra vez. Estamos como estábamos en casa. Podríamos ahora salir, es cierto, y nos hallaríamos —aún asombrados, aunque ya no tanto— en medio de la ciudad, en ese barrio o plaza cuyo solo nombre antes nos exaltaba. Todo un mundo de posibilidades. Y, sin embargo, no nos movemos. Y es que la extrañeza ya no basta. El asombro máximo aquel de la llegada fue como el que a veces sentimos ante la portada de un templo al que nunca llegamos a entrar: la promesa nunca cumplida de algo aún mejor. Fue un asombro ante el ser, decíamos. Mas ese asombro despertaba ansia de totalidad, de unión, de identificación con el todo. Era un ansia de escapar de nuestros límites, el ansia de siempre, avivada, y que ahora sabemos nunca ha de ser satisfecha.

Lo que buscamos es tal vez amor, salir de nuestra cárcel. Pero nadie encuentra lo que busca, la eternidad que anhela. Por eso no nos movemos. Todo es en vano. Hemos ya salido en ocasiones semejantes y hemos vuelto siempre con las manos vacías. Por eso hay siempre un momento en que el turista se hunde en la butaca, perezoso, decepcionado; siente que es de nuevo el que siempre ha sido, el buscador que no encuentra. Es el mismo, cercado ahora por un mundo incitante, sí, como llamada; pero llamada en falso. Uno llega y todo se disuelve en vistas, en nada. Todo es cosa de viento. Todo se resuelve en impresiones cuya raíz es siempre la consciencia que tenemos de lo fugaz de nuestro paso por el mundo.

El viaje no sirvió, pues, para nada de lo que esperábamos. Sólo para poner de manifiesto, agravada, una situación que conocíamos. Habíamos oscuramente esperado salvación y hemos hallado soledad otra vez, sed de infinito. Una sed que a menudo aparece bajo la forma más simple de búsqueda de amor, de vida. Ante nosotros surge, fresco, un mundo nuevo; pero no nos pertenece. Todo escapa: imágenes, momentos pasajeros, días que vuelan mientras vamos caminando hacia la muerte.

No hemos conseguido nada, se ha aumentado sólo la tensión de la espera. El deseo ha sido más fuerte, y más triste por ello la renuncia. Para escapar de esa tensión, el turista experimentado, si permanece en la ciudad por algún tiempo, a menudo se propone llevar "vida or-

dinaria", como la de aquellos que habitualmente allí viven; una vida exenta de grandes expectaciones, y, por lo tanto, libre también de desengaños y fracasos. Y de este modo se consigue, además, un sutil goce. Si la ilusión es mucha, todo se resuelve en nada; mas si nada se espera, si obramos como si todo fuese cotidiano y vulgar, ahí queda, sin embargo, risueña, brillando en torno, aunque ya no la contemplemos, una maravilla: una esperanza que es eco de esa más grande que sentimos al llegar.

La emoción ante el paisaje.

El que viaja se enfrenta a numerosos paisajes, pero pocas son las personas capaces de experimentar ante ellos una emoción honda. Tal vez viajando se aprenda a ver en el paisaje lo que antes no se veía, y quizá se produzcan en nosotros estados de ánimo propicios a la contemplación; pero no creo pueda decirse que, en sí misma, esa emoción que algunos sienten al contemplar el paisaje es uno de los característicos sentimientos que se producen al viajar, una consecuencia directa del viaje, del cambio de lugar. En seguida, al precisar qué clase de emoción es ésta, se verá que ella tiene muy poco que ver, en efecto, con el cambio de lugar. Pero en todo caso es evidente que algunos experimentan una emoción ante el paisaje sin viajar, con sólo dar un corto paseo, y otros, en cambio, no experimentan emoción alguna, o casi ninguna, por muchos paisajes que contemplen y por bellos que éstos sean; a no ser, tal vez, ante un paisaje espectacular, frente al cual es de rigor impresionarse, y ello casi siempre de un modo bien superficial.

Mas ¿cómo es posible no impresionarse con el paisaje al viajar, ya que el paisaje, como todo, cambia viajando, y ya sabemos que es el cambio lo que produce exaltación, asombro? El paisaje de otras tierras debiera impresionar, según esto, de algún modo; de modo parecido al que impresionan las ciudades de esa misma tierra extraña. Debieran sentir todos frente al paisaje, en tierra ajena, un cierto asombro; aun aquellos que no son capaces de admirar el paisaje de su propia tierra, el conocido por ellos. Y, sin embargo, no ocurre así. La razón de esto es, probablemente, que un paisaje aquí o allá, cerca o lejos, nunca "sorprende" del todo, nunca parece del todo nuevo. Siempre está constituído por los mismos básicos elementos: agua, tierra, cielo. Claro es que las variaciones son innúmeras y los matices infinitos; pero ellos no alteran, aun para quien es capaz de apreciarlos, el carácter esencial del paisaje como paisaje. Por muy distinto a otros

que sea, por exótico que parezca, un paisaje nunca resulta extraño del modo que suele resultar extraña una ciudad desconocida.

Un paisaje siempre es *natural*, y ésta es la gran diferencia. La ciudad nuestra, esa en que habitualmente nos hallamos, parece "endurecerse" para nosotros. Para sentir asombro de estar *ahí* hemos de trasladarnos a una ciudad desconocida, que surge entonces fresca. Pero, en cambio, el paisaje que rodea a esa misma ciudad nuestra conocida no se endurece nunca para nadie; lo contemplamos o no lo contemplamos; lo admiramos o no, pero siempre es algo vivo, no inerte: siempre es de por sí cambiante. La naturaleza es mudable en cada lugar, en cada momento, y por eso el cambio en ella, un cambio de apariencia al que aun sin mirar demasiado estamos acostumbrados, no sorprende a ninguno. No sorprende el paisaje como novedad, por muy diferente a otro que sea, o no sorprende mucho; no sorprende por el mero hecho de que cambiemos de lugar, es decir, porque estemos viajando; pero sorprende siempre a algunos, viajando o no, como tal, como paisaje.

El paisaje, tan variable, resulta, pues, "siempre lo mismo", como suele decirse. Siempre sin interés para unos y siempre interesante para otros. Un paisaje —más o menos bello e impresionante, pero siempre *paísaje, siempre otro*, abierto al infinito— está al alcance de cualquiera, sin necesidad de hacer un largo recorrido. Asomarse a él es para algunos, en ocasiones, una profunda experiencia —un sentirse, misteriosamente, en medio del mundo—, una experiencia en cierto modo análoga a la que muchos tienen sólo viajando. La mayoría de las personas, sin embargo, si bien casi sin querer a veces ven ese paisaje cercano, diríase que no lo miran, o lo miran pero no lo *ven*. No se impresionan en todo caso con él. Y esos que no se impresionaron nunca con los paisajes cercanos son los que no se impresionarán luego tampoco, al viajar, con otros lejanos, que tanto *se parecen*, por ser paisajes, cambiantes paisajes, a aquellos sobre los cuales tantas veces resbalaron indiferentes sus miradas.

Y ¿quiénes son esos que nunca lo *ven?* O mejor, ¿quiénes son esos otros, los pocos que viajando o sin viajar se acostumbran a mirar y a sentir el paisaje? Evidentemente, casi siempre, los más cultos y refinados, los más sensitivos. Pero no siempre. No es imposible hallar personas de gran sensibilidad, con amor al arte, ciencia, música o literatura, a quienes, en cambio, no conmueve casi nunca el paisaje. Y creo yo que abundan, por otra parte, personas incultas y hasta toscas que sienten hondamente, aunque sea de un modo oscuro y aunque no sean capaces de expresar con palabras sus impresiones, el misterio que en el silencio el paisaje murmura al corazón.

Es tal vez imposible señalar de antemano cuáles son las personas capaces o incapaces de vibrar ante el paisaje. Pero lo que sí es posible es tratar de ver en qué consiste, generalmente, esa emoción ante el paisaje a que nos estamos refiriendo. Sólo así podría determinarse, además, hasta qué punto el viaje estimula o puede estimular, o modificar, ese sentimiento.

El sentimiento ante el paisaje implica, en primer lugar, una emoción estética. Un impresionarse con el color, forma, volumen y calidad de la materia, luz que la envuelve, armonía... Pero se trata de una emoción estética *ante la naturaleza* —no ante un cuadro—, ante el misterio del universo, y por eso la percepción de la belleza en el campo, como nos han dicho tantos poetas, suele ir acompañada de un cierto temblor, que es pasmo y angustia ante el hecho de la creación. Contemplar un paisaje es hallarse solo, sentirse rodeado de silencio ante la hermosura; es asombrarse de que el mundo sea y de que uno esté en él, como decíamos ocurre al llegar a una ciudad desconocida; pero es, además, sentir que ha pasado el tiempo, que está pasando: es presentir la muerte, preguntar por Dios. Y esa angustia, de la que a menudo apenas somos conscientes, va unida a nuestra percepción del paisaje y su belleza. Diríamos que es el mundo externo, en su hermosura, quien la esconde o la revela: un bosquecillo como dormido en la ladera de un monte, cuya silueta admiramos, parece guardar entre el verdor oscuro nuestro presagio de la muerte; una cumbre con sol, cuyo esplendor encanta, sostiene en alto por un momento nuestra fe en lo inaccesible; y el viento, que graciosamente mueve la hoja, es el que nos hace advertir la soledad, como si él mismo fuera soledad pasando.

Con la belleza del paisaje sentimos, pues, si la emoción es honda, el misterio de la vida. Podrá tal vez algún esteta percibir la belleza, cierta belleza, sin sentir el misterio, pero no será la suya una emoción honda; o podrá tal vez alguien en el campo sentir angustia, el misterio, sin percibir la belleza, pero no se trataría entonces de una verdadera contemplación del paisaje; como no la hay tampoco en esa explosión de alegría, en ese juvenil goce de vivir que se expande a veces frente a la naturaleza. Conocen también algunos, en ciertas ocasiones, ante el espectáculo grandioso de montañas o mar y cielo, una exaltación máxima que viene a ser como un sentirse parte del todo, eterno e inmenso, disuelto en el todo, superando la muerte; pero con tal salto sobre la angustia sólo es posible sostenerse en el aire durante unos segundos. Pasada la exaltación vuelve la melancolía, que es el sentimiento natural ante el paisaje. Una melancolía que viene a ser como angustia en tono menor, angustia ya sabida, y por

sabida olvidada, para unos, mientras que para otros melancolía es la forma débil y oscura en que la angustia aparece. Una melancolía en lucha quizá con la esperanza, pero melancolía siempre como nota dominante. Y con ella, mezclada a ella, la emoción por la belleza.

Es preciso, pues, para impresionarse hondamente ante el paisaje, ser a la vez, en cierto modo, filósofo y esteta. Filósofo, pero no necesariamente, desde luego, filósofo "profesional". Lo que hace falta es tener el don, al mirar en torno, de "darse cuenta" de que uno está en el mundo; tener la capacidad de *preguntar,* apasionadamente y sin palabras, y sabiendo que no hay respuesta. Y esta capacidad de asombrarse y preguntar es esencialmente humana. Para conocerla es preciso haberse alejado suficientemente de la bestia, pero no se requiere en absoluto ningún saber especial. Lo único necesario es no haberla ahogado con demasiadas coberturas. El saber de un filósofo profesional puede, a veces, entorpecer ese asombro, servir de cobertura. Y por ello no es raro encontrar que un adolescente provinciano, con visos de poeta, siente en verdad más emoción ante el paisaje, por sentir más asombro de ser (contando que tenga, además, una mínima sensibilidad estética), que un neopositivista o filósofo semántico, o un sesudo comentarista del Doctor Angélico o del Estagirita. Y de ello se deduce también que el viaje, que nos arranca de nuestra rutina y nos obliga a enfrentarnos con nosotros mismos y con el mundo, *estimula* a menudo, en quien tiene alguna sensibilidad para la belleza plástica, el sentimiento del paisaje.

Y en cuanto a esa capacidad de impresionarse con los matices de color, forma y calidad, en cuanto a la sensibilidad para la belleza, ésta es quizá, en parte, algo innato y, en parte, algo que se adquiere con la experiencia y la educación. Varía, por tanto, muchísimo de unos a otros. Algunos pueden encontrar belleza casi en cualquier paisaje, y en todo caso donde muchos no la ven, y, en cambio, otros no la ven en ninguna parte. La capacidad de impresionarse ante lo sublime parece, desde luego, más extendida que la de impresionarse ante lo que es simplemente bello. Ahora bien, qué cosa sea lo bello, lo más bello y lo menos bello; si se trata de apreciaciones meramente subjetivas o no; qué grado de universalidad puede haber en lo que se juzga "bello", es algo en lo que no nos vamos a meter, ni importa para nuestro objeto. Basta que sea o parezca paisaje suficientemente bello para impresionar al espectador de que se trate. Unos, los más sensitivos, se impresionarán evidentemente con más frecuencia que otros, sobre todo si no han perdido su capacidad de admirarse de ser y de lo que *es,* de preguntarse. Y claro es que el viaje, que enseña a ver colores y formas, a apreciar matices, proporciona además la oportunidad de

enfrentar al viajero, aun al poco sensitivo, con algún paisaje, entre muchos, capaz de impresionarle; y en este sentido el viaje puede también estimular, sin duda, la emoción que decimos.

Hay, por otra parte, una cierta impresión *ante* el paisaje que pudiera ser atribuída directamente al cambio de lugar, al estado de alma que el viaje produce. Se siente extrañeza, dijimos, ante la ciudad desconocida y no ante el paisaje nuevo. Mas a veces ocurre como una transferencia al paisaje de la impresión sentida en la ciudad. Salimos de una ciudad en la que hemos experimentado con viveza el asombro de estar allí, y entonces el paisaje que aparece, aunque por un lado lo veamos como es, natural, por otro, resulta extraño, pues sabemos que es el que corresponde a esa extraña ciudad que acabamos de dejar, a esa gente que no entendemos, a ese mundo distinto al nuestro. El paisaje parece así adquirir un aspecto peculiar. Parece "raro", con una rareza que nosotros proyectamos sobre él. Mas bajo esa superficial impresión, que no tarda en esfumarse, está la otra, la que el paisaje como naturaleza, como tal, produce a quien se la produce; o bajo esa superficial impresión está la falta de un verdadero sentimiento del paisaje. La impresión, pues, de rareza al mirar al campo, que a veces puede sentirse en país extraño, no es realmente fruto de la contemplación del paisaje. Es impresión *ante* el paisaje, frente a él, pero no es él quien la provoca.

Cuando se trata de lugares en extremo remotos o desolados, solitarios y misteriosos (o que a nosotros, con más o menos fundamento, nos parecen tales), entonces es posible que esa impresión de rareza que decimos, superpuesta a la que el paisaje como tal pudiera producir, no sea ya tan superficial ni pasajera. Y quizá no se trate siquiera de una transferencia de la impresión sentida en la ciudad. Tal vez no hay cerca ciudad alguna. Lo que sucede entonces es que teniendo uno la sensación, justificada o no, de encontrarse lejos y sin ataduras, completamente apartados de nuestra rutina, para sentir extrañeza y alegría, exaltación, no necesitamos ya que la presencia de una ciudad distinta nos convenza de que estamos en efecto *allí*, en un lugar en verdad diferente. La sensación de extrañeza, y la correspondiente alegría al vernos fuera de la prisión ordinaria, está en nosotros, por la razón que sea (porque el sitio es remoto, por que nos costó trabajo llegar), y esa sensación hace que parezca extraño y excitante todo cuanto miramos. No se trata, en suma, sino de la embriagadora impresión de estar *allí*, la que se siente cuando vemos que nuestro deseo de cambio se realiza, con la sola diferencia de que ahora el *allí* resulta ser no una ciudad, sino un campo, sólo el campo. Y éste, en esas circunstancias, no necesita para exaltarnos ser en modo alguno

extraordinario: bien pudiera ser una esteparia planicie a la cual el acceso es difícil. Pues bien, es evidente que en este caso, como en el anterior, no se trata tampoco de una emoción producida por el paisaje. Mas esa sensación de extrañeza se transforma fácilmente —pasando de la exaltación a la melancolía— en asombro ante lo que es, y de ser; y ese asombro, como ya vimos, cuando se une a una cierta sensibilidad estética, es el camino de entrada a una verdadera contemplación del paisaje, a una auténtica emoción ante él, producida por él. La emoción ante el paisaje, pues, aunque en sí misma tenga poco que ver con el cambio de lugar, es a menudo definitivamente *estimulada* cuando uno se encuentra en lugares remotos.

Hay, por último, otro factor que es preciso a veces tener en cuenta al tratar de determinar qué es lo que produce la emoción ante el paisaje. Nos referimos a lo que podríamos llamar "el fantasma" de la historia, que en ocasiones parece flotar sobre los campos que contemplamos. Es como una invisible huella, el eco de otro tiempo; algo que, por subjetivo que sea, presta al paisaje profundidad y encanto. Para sentir esta especial emoción ante un determinado paisaje es preciso tener una relación sentimental con el pasado de ese lugar. Y tal relación no se establece con facilidad en tierra ajena. De hecho no se establece casi nunca, o sólo muy débilmente. No basta para ello un mero conocimiento de la historia. En cambio, nos es dada con frecuencia, aunque no se tenga sabiduría o dote especial alguna, cuando se trata de nuestra propia tierra, la de nuestros antecesores. Contemplar un paisaje de esa tierra implica a veces —y ello independientemente de las otras emociones que ese mismo paisaje como tal pudiera producir en nosotros— un sentirse solidario de lo que allí ocurrió, heredero de los que por allí en otros siglos anduvieron. Supone enfrentarse a ese paisaje en una actitud especial, ver en él lo que otros no ven. Mas eso como sombra del pasado, ese sentimiento de *pertenencia* que se agrega a la visión del paisaje, se va esfumando, claro es, a medida que nos vamos alejando de esa tierra que sentimos como nuestra; y así el viaje, en tanto que nos aparta de ese determinado lugar, no contribuye a que se produzca tal particular sentimiento, sino al contrario.

Monumentos y barrios viejos.

Contemplando un "monumento artístico" o perdido entre las callejuelas de algún "barrio viejo", la emoción que sentimos, si es que alguna sentimos, es, en primer lugar, de carácter estético: es la belleza

del objeto —portada, arco, torre— o el encanto del lugar lo que nos impresiona. Mas el tiempo, ese tiempo pasado que la piedra evoca, tiene también mucho que ver con nuestra emoción. La prueba es que si se reprodujeran con toda exactitud esa torre o callejuela, tales copias no nos impresionarían, ni mucho menos, del modo que nos impresionaban los originales.

Antigüedad, excitando nuestra imaginación, y *belleza,* o al menos encanto y gracia, son, pues, los factores determinantes. Y parece evidente que nuestra reacción no ha de variar demasiado por el hecho de que nos enfrentemos a ese lugar estando de viaje o sin viajar, aunque nuestro estado de ánimo sea diferente en uno u otro caso. Teóricamente al menos, puede decirse que la misma persona sentiría la misma o muy parecida emoción ante las mismas piedras si éstas se hallasen en su propia ciudad y las observara con curiosidad. Si se hallan en una ciudad que el viajero por primera vez descubre, lo que sucede es que a la impresión que el lugar o monumento puedan en nosotros producir se une el pasmo de estar *allí,* ese especial asombro del que ya hemos hablado, que tan a menudo aparece mezclado a la emoción estética y del tiempo, y del cual ya no vamos a ocuparnos. Prescindiendo de éste, la impresión sería la misma, en teoría, estemos viajando o no, y no deberíamos, por tanto, al parecer, ocuparnos de ella en este estudio de las "impresiones de viaje". Mas de hecho resulta que es sobre todo en el viaje, o exclusivamente en el viaje, cuando la mayoría de las personas se enfrentan a esos "monumentos artísticos" y "barrios antiguos", y sobre todo suele ser sólo entonces cuando se encuentran dispuestos a contemplarlos. El "turismo" consiste, casi por definición, precisamente en tal enfrentamiento, y es, por tanto, oportuno ocuparse aquí de lo que entonces generalmente ocurre.

La emoción sentida es, en primer lugar, diferente a la que se puede experimentar ante el paisaje. La belleza, en el caso del monumento o barrio viejo, no es la de la naturaleza, en la cual no hay error y ante la cual es inconcebible la crítica, sino la creada por los hombres, la artística. Y, por otro lado, aquella pregunta ante el misterio de la creación, que decíamos es la que sugiere el paisaje, y a la cual se unía angustia por el tiempo que pasa y lleva a la muerte, no es lo mismo que esta otra emoción no angustiosa, sino más bien placentera ante las viejas piedras, al evocar el tiempo pasado. Frente al paisaje, además, nos sentimos a solas; frente a un viejo monumento, obra del pasado, o en las calles de un "barrio típico", con ecos de otro tiempo, nos sentimos entre los hombres o cerca de ellos, junto a algo que dejaron los que nos precedieron, ya desaparecidos.

Cuando se trata de un monumento, "belleza" y "tiempo pasado"

significan algo en cierto modo diferente que cuando se trata de un barrio viejo. Un rincón pintoresco, una callejuela retorcida o casa medieval, no necesitan tener verdadera belleza, y no la tienen generalmente; no la misma clase de belleza, en todo caso, que una torre gótica o un claustro románico. Lo que importa ahí, sobre todo, es la impresión estética que, como cuadro, produzca el conjunto, lo que suele llamarse la "atmósfera"; es decir, la propiedad que el lugar tenga de sugerir, de hacernos evocar graciosas formas de vida del pasado, un cierto pasado. En el caso de una torre, portada o arco antiguo, la belleza que éstos tengan pertenece a la cosa misma, no al ambiente, y ella es lo que más importa. Y el toque del tiempo, que da a esa belleza del monumento especial encanto, es toque levísimo, mucho más leve que en el barrio medieval, renacentista o dieciochesco, donde el tiempo parece sujeto, detenido en puertas y ventanas. La torre o la columna estaban donde están y el tiempo *pasó*, pasa sin dejar apenas huella. En el barrio viejo el tiempo no pasa, sino *queda*, quedó allí como helado.

La torre o el templo son obras de arte. Obras de un tiempo determinado, sí, pero que sólo indirectamente reflejan ese tiempo; sólo en la forma vaga en que el arte refleja la época en que fue creado. El arte, brotado de la emoción de temporalidad, es un esfuerzo de intemporalización, un desafío al tiempo. Mas el barrio viejo no es generalmente obra de arte y no se levantó para desafiar al tiempo, sino primariamente para ser habitado, y así refleja el colorido de la época en que se construyó, cierto tono de la vida de entonces, el especial aroma de un preciso momento histórico. El monumento no puede ser considerado como resto cualquiera de una época, sino como flor aislada, perdurable, de otro tiempo; un islote que se eleva en el mar del tiempo. El barrio viejo, en cambio, lo que queda de él es un resto anacrónico que para algunos resulta poético: un viejo esqueleto frente al cual sentimos —si la presencia de demasiados turistas no lo impide— el palpitar de una vida lejana, inexistente.

Claro es que, a veces, un barrio viejo puede estar formado por edificios que sean en sí, cada uno de ellos, o muchos de ellos al menos, obras de arte. En tal caso consideramos éstos, uno por uno, como monumentos, y vistos en conjunto, contemplando el lugar como habitación de hombres de otra época, nos impresionará ese lugar de modo análogo a como nos impresionaría cualquier otro "barrio viejo".

Los monumentos famosos suelen atraer a muchos, ya que el hombre gusta de conocer lo que otros hombres admiran. Ante tales monumentos, aun los pocos sensibles a la belleza artística, suelen impresionarse por la vejez, por el tiempo. Se sorprenden muchos de estar

viendo con sus propios ojos lo mismo, exactamente lo mismo que otros ojos vieron hace muchísimos años. Contemplar lo que perdura aislado y a muchos admira —el monumento— es, en cierto modo, como balbucir un mensaje a la eternidad. Es un envidiar esa permanencia: por eso se escriben tantos nombres en lo alto de los campanarios, en puntos únicos a los que muchos otros aún, en el futuro, han de venir.

El "barrio viejo" atrae a menos porque se sabe es reliquia que va a desaparecer. No es, además, punto único. La mirada se pierde en diferentes esquinas. No hay objeto determinado, fijo, que podamos decir hemos visto y hemos tocado. Hay demasiado allí para ver y tocar, y nada parece especialmente significativo. Cierto que es más fácil percibir la "atmósfera", lo "pintoresco" del barrio viejo que la belleza de una portada barroca o un templo griego; mas ese aspecto extraño del barrio "típico", a la mayoría, pasada la sorpresa de estar *allí*, le dice poco y le cansa pronto. Sólo se impresiona realmente en tal lugar el que tenga desarrollado una especie de sentimiento estético de lo histórico, el don de evocar y sentir, a base de ciertos indicios, el alma de otro tiempo. Tal poder de evocación —algo más que un mero proyectarse uno, románticamente, en la imagen que de otra época se tenga— lo poseen, claro es, sólo personas cultivadas, sensitivas y con la necesaria imaginación.

Lo que hemos dicho de los "barrios viejos" se aplica igualmente, es obvio, a ese tipo de pueblo en el cual mucho de él, si no todo, es barrio viejo, recuerdo del pasado. Y también a ciertas aldeas o a parte de éstas; aunque en ellas ya que se suele sentir que la vida ahí ha cambiado en general muy poco, no resulta muchas veces demasiado impresionante la evocación del pasado. Además las aldeas están abiertas al paisaje, que se percibe desde todas partes. Cualquier sentimiento que éstas produzcan se mezcla así al que el paisaje pudiera producir. Lo mismo ocurre en los caseríos, esos que se descubren esparcidos por los campos mientras vamos viajando. En ellos el sentimiento del paisaje domina sobre cualquier otro, ya que es paisaje sobre todo lo que se ve. Sorprende, sin embargo, a aquel a quien el paisaje impresiona, pensar que esas vidas oscuras, perdidas por los caseríos, fueron y son testigos cotidianos del espectáculo grandioso y melancólico que el campo ofrece.

Partir y volver.

Dispuestos a partir, aun días antes de la salida, nos sentimos más ligeros, como si ya hubiéramos cortado amarras con el mundo que nos rodea. El lugar adonde vamos, ese mundo soñado —que aún vemos

sólo en nuestra mente—, parece de pronto, a veces, perder su encanto y su misterio. Pero al mismo tiempo subsiste la imagen primera, la ilusión que teníamos; y así, disponerse a emprender el viaje anhelado es, en cierto modo, como disponerse a entrar, con plena realidad, en el mundo de los sueños. Con tantos preparativos, el viaje proyectado llega a parecer cosa natural; y, sin embargo, por debajo de la naturalidad nos sigue aún pareciendo suceso bien increíble.

Ya en camino, sobre ruedas, lo mismo que en barco o avión, se siente uno en el aire: ni aquí ni allá. Es uno el mismo, mas sin base, sin su alrededor propio. Todo cambia, pasa. Nos sentimos cada vez más distantes, física y espiritualmente, de ese mundo nuestro, ese rincón que hemos dejado atrás; y poco a poco el alma se abre hacia lo otro, a lo que llega, a lo que aún no está.

Viajar, ir avanzando, es sentir el alma como girasol cambiando de postura. Estábamos allá y teníamos el alma gastada de allá; y luego, cuando estemos allí donde vamos, el alma será otra, nueva, correspondiente al nuevo lugar. Mas este cambio no ocurre de repente. Es un cambio paulatino, a medida que avanzamos. Al llegar, precisamente al llegar, la vuelta ha sido completa: estamos preparados para el pasmo ante lo nuevo. El asombro ante lo externo viene entonces a ser como una constatación del cambio ya verificado en el alma, por dentro.

Cuando uno viaja a pie, el paisaje se va desplegando poco a poco, paso a paso, minuciosamente. A ese lento cambio de panorama, y al pausado movimiento nuestro, corresponde un lento cambio interior, un progresivo distanciamiento del alma con respecto al alma que teníamos allá, en el lugar del cual partimos. Pero lo más extraño, y hoy día más corriente, es el cambio rápido: arrellenarse uno en un sillón, prácticamente inmóvil, y ver que el mundo pasa, corre; y, mientras, sentir que el alma cambia. Es uno el que era y, a la vez, es otro; como es uno el mismo y otro al pasar de los años. Al abrir los ojos, después de dos horas de vuelo o una noche en tren, se siente uno con un alma ingenua, renovada, abierta a la sorpresa; alma desgajada y a la expectativa propia del viajero. Viajar es abrir las alas, refrescar el corazón.

Al volver, en cambio, semanas o meses después, las alas se han plegado. Volvemos con nuestras mismas maletas, nuestro mismo cuerpo; y dentro, en la memoria, traemos archivadas una serie de imágenes concretas, positivas, que podemos proyectar a nuestro antojo en la pantalla del recuerdo.

Volver es siempre triste. Es volver a hundirse en la rutina. Y además nos damos quizá cuenta —y ésta tal vez sea la mayor sabidu-

ría que llegamos a adquirir con el viaje— que todo ha sido un poco inútil: todo quedó en su sitio, como estaba; nosotros hemos de morir igualmente y nada sirvió ni sirve, en suma, para nada. No se alcanza nunca esa liberación, la huidiza mariposa que en el viaje todos perseguimos.

Y, sin embargo, viajar no quita nunca la ilusión de viajar más, ni aun siquiera la de volver otra vez al mismo sitio. El encanto de hallarse *allí* ya no es el mismo, claro, al ir por segunda vez. Mas la belleza es igual, uno ha aprendido a ver, y en todo caso siempre resulta interesante enfrentar en un mismo lugar, juntar en una dos almas nuestras: la de entonces y la de ahora, ambas ansiosas.

Volver al nido, a nuestro hogar, es, en cambio, renunciar a posibles maravillas. Pero aún, como último regalo, nos es permitido, por un segundo, ver la ciudad en la cual vamos a encerrarnos con los mismos ojos con que descubrimos antes otras ciudades; verla por un instante como la vería otro al pasar, con unos ojos viajeros.

A. Sánchez Barbudo.
University of Wisconsin, Madison, U. S. A.